



## El Cañillo

**N**o creo que a ningún almeriense, al menos de mi generación, se le haya olvidado la estampa de la fuente del Cañillo de la Puerta Purchena. Estaba situada en la acera del Bar Imperial, lugar de reunión de extras, dobles y técnicos de cuantas películas se rodaron en el Desierto de Tabernas de Almería, en los años dorados del Hollywood europeo. En el mismo escenario voceaban los vendedores los cupones de los ciegos: ¡iguales para hoy! Cupones que estaban asociados a nombres como "La pajarera", "La dama", "Lo que ponen las gallinas", "La mudanza" y una larga retahíla que ya he olvidado, que identificaba a cada número con un nombre.

En las inmediaciones de la fuente del Cañillo los charlatanes, todos los fines de semana, vendían mantas, regalaban peines y diversos ungüentos para el catarro, caída del cabello, dolor de estómago y para todos los males imaginarios, incluido el mar de amores; escuchar a aquellos charlatanes era una verdadera delicia y a su alrededor nos agolpábamos hombres y niños para no perder detalle. Eran verdaderos artistas en el arte del engaño y de liarte, dándole cuarenta vueltas a los políticos de hoy, que también nos engañan, pero sin ningún estilo y jamás nos regalarán un peine. El entorno de la fuente del Cañillo se convertía en un auténtico zoco, donde solo faltaban los encantadores de serpientes, pues a todo el bullicio anterior se unían también los

tratantes y hombres de negocios de todo tipo. El Bar Imperial aportaba el tufillo del aceite caliente de los churros, que se mezclaba con el característico olor de los primeros coches de caballos de la parada de La Rambla Obispo Orberá y con el olor humano, completando así la inolvidable estampa.

La Fuente del Cañillo no era ninguna obra de arte, al contrario, era una fuente muy sencilla con tres pequeños surtidores de agua de la que bebíamos chicos y grandes o simplemente nos refrescábamos la cara, dejando que el agua resbalara por nuestra piel durante unos segundos. Yo pasaba diariamente junto a ella para ir o venir al Instituto y sobre todo a la vuelta, porque ya hacía más calor, era una costumbre dar un pequeño sorbo del agua refrescante de uno de los cañillos, que me servía para reponer fuerzas y subir con más alegría la Calle Regocijos.

La fuente tiene una vida de unos doscientos años y estuvo ahí casi siempre, menos un pequeño periodo de tiempo que fue trasladada a las inmediaciones de la iglesia de Santiago. Actualmente la han cambiado de acera y está instalada completamente enfrente, a solo unos pasos de la estatua de Nicolás Salmerón. Pienso yo que este cambio se debe para que el político, que es natural de Alhama la Seca, tenga un pequeño manantial a su vera, por si en algún momento se le queda seca la garganta. Como era un lugar muy concurrido las inmediaciones de la fuentecilla, había siempre en su entorno vendedores, que al paso de la gente, les ofrecían tabaco rubio de contrabando como el Chesterfield o el Philis Morris. Yo veía cómo cuando alguien se paraba, el vendedor se abría un poco la chaqueta, sin demasiado disimulo y le mostraba un verdadero estanco, que podríamos llamar de campaña, alrededor del cuerpo. En aquellos años los cigarrillos también se vendían sueltos; los estudiantes eran sus mejores clientes. Pero esa no era su única mercancía, pues de vez en cuando decían: "Philis Morris, Chesterfield" y tapándose parte de la boca con la mano de canto, pregonaba: "tengo condones". Hoy los preservativos se venden legalmente en máquinas situadas en las puertas de las farmacias y en los aseos de todos los bares y restaurantes; para más comodidad las empresas online te los llevan a casa.

La fuentecilla de El Cañillo es hoy el único testigo mudo de su propio traslado y de cuantos cambios ha sufrido su entorno en el último medio siglo. Desaparecieron los urinarios públicos que había en el centro de la plaza. De repente alguien decretó que orinar era un artículo de lujo y había que entrar a una cafetería a achicar aguas. También desaparecieron dos tiendas importantes de la plaza: la mercería Segura de toda la vida y la Jamonería Andaluza.

Si había un bar en Almería conocido y querido por los almerienses y visitantes, sin duda eran los Claveles. Su dueño tuvo la habilidad de poner la plancha pegada a la calle y un ventilador colocado encima, se encargaba de repartir los aromas de la jibia, como si de un cebo se tratase, que hacia irresistible el pasar de largo sin tomar una caña con aquel cefalópodo provocador. Su cierre supuso una gran pérdida para la ciudad y para un par de generaciones que apenas sobrevivimos.

Pero aún esta Puerta Purchena o de Pechina, no es el momento de polemizar, conserva tres edificios emblemáticos de gran belleza. La Casa de las Mariposas, hoy propiedad de Cajamar, obra del gran arquitecto almeriense Trinidad Cuartara Cassinello y las dos casas que hacen esquina con la Calle de Regocijos y Pablo Iglesias, ambas de estilo ecléctico, que junto a otros edificios emblemáticos del centro de la ciudad, nos recuerdan los años dorados y de bonanza económica que vivió Almería con la exportación de la uva de Ohanes, el auge de la minería, la construcción del puerto y la llegada del ferrocarril a nuestra ciudad. Fue el primer despegue de Almería.

Ángel López Moya

Coronel de Caballería (Retirado)